

El poder de la evangelización

William John HOCKING

biblicom.org

Índice

| | |
|--|---|
| 1 - Una actividad paradójica | 3 |
| 2 - La evangelización frente a fuerzas contrarias | 3 |
| 3 - La evangelización comenzó con poder | 4 |
| 4 - La Palabra de Dios es viva y eficaz | 4 |
| 5 - El poder viene de Dios | 5 |
| 6 - La sabiduría humana y los medios humanos frente al poder del Espíritu | 5 |
| 7 - No hay necesidad de hacer atractivo el Evangelio | 6 |
| 8 - El uso de la música en el pasado y hoy según la Palabra | 6 |
| 9 - La atracción ficticia y superficial | 7 |
| 10 - El fin no justifica los medios | 8 |
| 11 - No subestimar el poder del Espíritu y de la Palabra | 8 |

1 - Una actividad paradójica

La predicación del Evangelio o es algo débil, extraño y despreciable, o es el medio divinamente dado y honrado de la salvación del hombre, para gloria de Dios. Predicar a Jesucristo y a Jesucristo crucificado podría parecer una ocupación muy ridícula, si Cristo no fuera a la vez «el poder de Dios» y la «sabiduría de Dios» (1 Cor. 1:24). Insensata a los ojos de los hombres, sin embargo, tiene éxito donde la más profunda sabiduría del hombre fracasa por completo: pues, por paradójico que parezca, la Palabra de Dios declara: «Porque... en la sabiduría de Dios... agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación» (1 Cor. 1:21).

2 - La evangelización frente a fuerzas contrarias

Sin embargo, por bendita que sea, sin duda, el hecho de considerar la posición de un evangelista como digna, como de un embajador de Cristo, no es mi propósito en este momento. Preguntémonos más bien cuál es la posición de un evangelista. Porque si el siervo de Dios no tiene el entendimiento de Dios a este respecto, un estudio de las fuerzas en acción es ciertamente desalentador, y probablemente pronto comenzaremos a buscar alianzas no bíblicas para satisfacer la supuesta necesidad. ¿No está el hombre natural en enemistad directa con la verdad de Dios? No solo es una locura para él, sino que despierta sus pasiones impías, como ya lo ha hecho especialmente contra nuestro Señor Jesucristo –Él que es la Verdad–, que primero fue envidiado, odiado, despreciado y luego crucificado. Además, el incrédulo encuentra en sus asociaciones con el mundo todo lo que satisface sus apetitos carnales, y esto tiende a alejarlo más de Dios. Satanás, el dios de este mundo, se opone activamente al Señor Jesús, utilizando una sutileza consumada para obstaculizar la obra del Evangelio y arrastrar a las almas a la Gehena. ¿Qué poder tiene el evangelista para vencer el antagonismo natural del hombre hacia su tema, agravado por las secantes influencias del mundo y de Satanás? En verdad, no tiene ninguno; es impotente; sin embargo, en la gracia y sabiduría de Dios, no va a la guerra a sus propias expensas. El Señor Jesús, antes de dejar corporalmente a los suyos que habían de ser sus testigos en el mundo, prometió enviar el Espíritu de Dios que había de morar en los santos y actuar por medio de sus vasos escogidos. ¿Con qué propósito? Para convencer al mundo de pecado, justicia y juicio (Juan 16:8). «No fueron con palabras persuasivas de sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder» (1 Cor. 2:4).

3 - La evangelización comenzó con poder

Así, en Pentecostés, un pescador galileo, lleno del Espíritu Santo, acusó a los judíos de haber crucificado a Jesús de Nazaret, el elegido de Dios. El resultado de este testimonio fue la conversión de 3.000 judíos de dura cerviz y corazón duro. De este modo, el testimonio de Jesús en boca de un hombre sencillo e inculto fue reconocido como el poder de Dios para la salvación para sacerdotes judíos y cortesanos romanos, eunucos etíopes y esclavos fugitivos, delegados imperiales y carceleros comunes. ¿Cuál era el secreto? Simplemente que los hombres hablaban por el Espíritu Santo que les había sido dado (Hec. 5:32).

4 - La Palabra de Dios es viva y eficaz

Pero hay otra cosa que considerar. Mientras que el Espíritu Santo es el gran testigo personal y el poder que da testimonio de Cristo en el mundo (Juan 14:26), la Palabra escrita es la revelación de Dios al hombre, que lo juzgará en el último día (Juan 14:48). Al proceder de Dios, está cargada de autoridad y poder divinos. Desconocer sus características únicas es tan fatal para el predicador (*) como para el oyente. «La palabra de Dios», dice el Espíritu Santo de Dios, «es viva y eficaz, más cortante que toda espada de dos filos: penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y los tuétanos; y ella discierne los pensamientos y propósitos del corazón» (Hebr. 4:12). Este poder no se ha perdido en la época en que vivimos. Al contrario, a diferencia de las cosas efímeras que nos rodean, la «palabra del Señor permanece para siempre». «Y esta es la palabra que os fue anunciada» por medio del Evangelio (1 Pe. 1:25). Que el siervo de Dios tenga cuidado de no estimar demasiado a la ligera lo que es la espada del Espíritu (Efe. 6:17), la única que puede obrar eficazmente en los que creen (1 Tes. 2:13).

(*) Esto se refiere solo a los resultados inmediatos.

5 - El poder viene de Dios

Es evidente, entonces, que el poder del testimonio de Cristo en el Evangelio debe ser el Espíritu Santo obrando a través de la Palabra de Dios. En verdad, «tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros» (2 Cor. 4:7). Mediante la oración, el siervo de Cristo confiesa esto y establece que su suficiencia proviene de Dios. Véase un resumen notable de estos elementos en un testimonio honrado para Dios: «Habiendo así suplicado, fue sacudido el lugar donde estaban reunidos, y todos fueron llenos del Espíritu Santo; y hablaron la palabra de Dios con denuedo» (Hec. 4:31).

6 - La sabiduría humana y los medios humanos frente al poder del Espíritu

Este principio fundamental de la evangelización, que su poder siempre viene de Dios y nunca del hombre, nunca puede estar demasiado fresco en nuestras mentes. De hecho, complementar ese poder con cualquier artificio humano, creado a partir de elementos del mundo o de las ideas o el gusto del hombre, es dudar de la suficiencia de ese poder e ignorar la solemne advertencia de 2 Corintios 6 contra la mezcla de luz y tinieblas. Que el gran apóstol de los gentiles actuaba en completa dependencia del poder de Dios queda claro en 1 Corintios 2. Cuando Pablo fue a Corinto, sabía que trataba con personas que se dejaban persuadir fácilmente por frases bien pronunciadas o discursos apasionados, independientemente de la verdad o falsedad de lo que se dijera. Y si presentaba una complicada especulación o una sutil abstracción del pensamiento de forma filosófica, se ganaba rápidamente oyentes atentos y admirados. Eran formas de atraer a los corintios a su predicación y de hacer que el Evangelio fuera agradable y popular. ¿Cómo procedió este siervo de Dios, Pablo? Él mismo lo dijo: «Y yo, hermanos, cuando fui a anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabra o de sabiduría. Porque decidí no saber cosa alguna entre vosotros, sino a Jesucristo, y a este crucificado. Y me acerqué a vosotros con debilidad, temor y mucho temblor. Mi palabra y mi predicación no fueron con palabras persuasivas de sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder; para que vuestra fe no se basara en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios» (1 Cor. 2:1-5). Pablo sabía que, si los corintios fueron atraídos a Cristo simplemente por su elocuencia o razonamiento, es decir, por la “sabiduría”

del mundo, estarían edificados sobre un fundamento de arena. Se necesita una obra divina para producir una fe divina; por eso el apóstol se abstuvo cuidadosamente de utilizar cualquier cosa que pudiera convertirse, bajo la influencia de Satanás, en un fundamento falso para sus almas.

7 - No hay necesidad de hacer atractivo el Evangelio

¿No se aplica este principio hoy en día? ¿Deben los evangelistas adoptar las cosas agradables del hombre, las novedades de la época o cualquier otra cosa para hacer que el Evangelio de Dios sea atractivo para el mundo? El evangelio es considerado poderoso –el poder de Dios para la salvación de todo aquel que cree (Rom. 1:16); pero, ¿debe alguna vez hacerse “atractivo”? El corazón del hombre que rechazó no solo las palabras y las obras de Cristo, sino también la bondad moral y la gloria divina en su persona, no está más dispuesto hoy a aceptar la gracia y la verdad de Dios en la historia de su amor y vergüenza en el madero de la cruz. Los hombres todavía se esconden en las tinieblas y odian la luz. ¿Cómo, entonces, puede hacerse la verdad “atractiva” para ellos sin pervertir su carácter? ¿Debe el predicador aferrarse a la verdad de Dios en su santo poder y sencillez para despertar la conciencia del hombre, o debe, en este siglo 21, usar medios por los cuales el hombre carnal será atraído, gratificado, calmado, discutido y convencido de aceptar el Evangelio? Seguramente, al comprometer la verdad de Dios de esta manera, buscamos más bien agradar a los hombres que ser fieles a Cristo y al Evangelio. ¿Cómo se atreve alguien a rebajar el valor del testimonio hasta el punto de atenuarlo para adaptarse a los prejuicios de los inconversos (2 Cor. 2:17)? Eso ni siquiera es ser honesto con las personas a las que se habla, y mucho menos con el Dios al que se sirve.

8 - El uso de la música en el pasado y hoy según la Palabra

Pero si este falso principio está en la raíz de la “predicación atractiva”, también contamina lo que podría llamarse los “accesorios atractivos” del Evangelio. Es indudable que la música y el canto ejercen una poderosa influencia sobre muchas personas. Sin embargo, por buenas que sean en su lugar, es tanto más necesario que la Escritura justifique su uso. Los descendientes de Caín, alejados de la presencia de Dios,

se contentaron en la tierra de Nod con el arpa y la flauta (u órgano) (**Gén. 4:21**; véase también **Job 21:12**). Los instrumentos musicales han desempeñado un importante papel religioso en la historia de Israel. Pero esto ocurría en una época en la que el hombre de carne y hueso estaba invitado a dar a Dios lo mejor de sí mismo, por lo que una hermosa casa, hermosos adornos, hermosa música y hermosos cantos tenían su lugar. Pero estas cosas, tal como se hacen ante Dios, ¿no son del pasado? ¿No forman parte de los miserables elementos del mundo (**Gál. 4:9**), que eran solo tipos y sombras del Antitipo, Cristo mismo, que intervino hace mucho tiempo y que es el único que habita con nosotros? La adoración es ahora en espíritu y en verdad, no en la carne ni en la forma. La melodía no está en el viento ni en los instrumentos de cuerda, sino en el corazón: «Cantando y alabando al Señor en vuestros corazones» (**Efe. 5:19**).

9 - La atracción ficticia y superficial

Ya sea que los creyentes canten en la Asamblea o en reuniones evangélicas, ¿no son sus himnos una expresión de su corazón a Dios? Si los santos no le cantan a Dios, ¿a quién le cantan? ¿Realmente queremos que canten para atraer a los inconversos? ¿Qué es degradar las alabanzas de Dios para hacer un cebo para atraer a los hombres naturales a los lugares de reunión? ¿Es la reverencia y el temor de Dios? ¿O debemos esforzarnos por combinar la alabanza a Dios y la atracción de los hombres en la misma acción? Evocar tal mezcla de motivos es realmente condenarla; ¿es, o no es, la realidad? ¿Es imitar a los apóstoles y a sus compañeros? ¿O es que los predicadores de hoy son más sabios? ¡No! El principio de cantar es, y debe ser, para Dios. ¿Qué lugar tienen entonces las orquestas y los efectos corales, o los solos? Dejémoslos para los que predicán poco o nada de la verdad. Es un pecado y una vergüenza introducir en la predicación los elementos del mundo y del judaísmo, de los que hemos sido liberados por la muerte de Cristo (**Col. 2**). No confío en el argumento utilitario, es decir, alegar éxito en las cosas divinas, cuando nuestro primer llamamiento es obedecer solo a Dios. Pero si la música y el canto cultivado actúan poderosamente sobre los sentimientos y la imaginación de muchos, ¡cuántas veces no suplantán a Cristo en el alma! Hubo un tiempo en que la gente venía al Señor siguiendo su simple gusto en sus pensamientos o sentimientos. La palabra que se refiere a ellos es solemne: «Estando Jesús en Jerusalén, durante la fiesta de la Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los milagros que hacía. Pero él no se fiaba de ellos, porque conocía a todos y no necesitaba que nadie le diera testimonio

acerca del hombre; porque él mismo sabía lo que había en el hombre» (Juan 2:23-25).

10 - El fin no justifica los medios

Algunos dirán que, puesto que su objetivo es la gloria de Dios en la salvación de las almas, el modo o los medios son indiferentes. ¿No suena esto como la audaz excusa del pecador en Romanos 3? «Si por mi mentira la verdad de Dios ha abundado para gloria suya, ¿por qué también soy condenado como pecador?» (v. 7). ¿Es este un motivo para el hombre mortal? En efecto, es la vieja falacia de Satanás: «Hagamos el mal para que llegue el bien» (v. 8).

11 - No subestimar el poder del Espíritu y de la Palabra

Así pues, que los siervos de Dios tengan cuidado de no subestimar el poder del Espíritu y de la Palabra. Nadie negará que hay mucho en nuestros días que tiende a menospreciar el carácter de la verdad de Dios, tanto que descuidamos y olvidamos el poder de Dios en el Evangelio. Apelar de diversas maneras a la naturaleza carnal del hombre es ignorar el testimonio del gran apóstol de los gentiles: «Porque, aunque andamos en la carne, no combatimos según la carne. Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para destruir fortalezas, derribando razonamientos y todo lo que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo» (2 Cor. 10:3-5).

De la revista «*The Bible Treasury*» Vol. N° 16, página 252 y sig.